

HELENE URI

EL JUSTO

*Una profunda y emotiva novela sobre el daño
que se hace en nombre del amor*

Traducción:

CARMEN FREIXANET



MAEVA

Una niña danza dando tumbos por el piso. Lleva trenzas diminutas y una falda de ballet confeccionada con tul. El torso, desnudo, y cuando se levanta la falda hasta arriba, bien alta, como hacen las bailarinas cuando van a hacer una reverencia como es debido, se ve que no lleva más ropa que esa, la falda de tul transparente. La habitación está en penumbra. En el sofá hay un hombre sentado mirando. Ante él, sobre la mesa, hay un vaso con algo, pero no lo toca. Sólo mira. Se reclina hacia atrás y cierra los ojos un instante, pero los abre enseguida y mira a la niña. Ella baila. Dando brincos y cabriolas torpes, con sus enjutas nalgas y su prominente vientre infantil. Gira, le dice el hombre. La niña gira, se ríe, está a punto de caerse. Una pirueta fantástica, le dice. Ahora debes hacer una reverencia. La niña la hace, levanta la falda de tul lo más alto que puede y hace la reverencia. ¿Vas a seguir bailando?, le pregunta. La niña da brincos hasta chocar contra la mesa del salón. El líquido del vaso se tambalea. Ven, siéntate aquí, Elise, le dice él. La niña lo mira y después, obediente, se encarama hasta su regazo. El hombre rodea con sus brazos ese pequeño cuerpo. La hermana pequeña se ha acostado más temprano de lo normal, estaba tan resfriada. La madre ha ido al cine con unas amigas. En estos momentos sólo existen Elise y papá. La besa detrás de la oreja. Mi niña. La niña grande de papá. El conejo amarillo de felpa de Elise cae al suelo.

Es fácil dar un paso en falso. La carne es débil, el ser humano está rodeado de innumerables tentaciones. Levanta los brazos y en ese momento, así, de pie, tiene aspecto de cruz regordeta con Jesús en la pared del fondo. Los baja de nuevo, duda, debe de andar por la mitad de la homilía póstuma, la ha mantenido viva varios minutos, posiblemente se le haga tan penosa a la audiencia como a él. Ahora se interrumpe por completo, enmudece

durante un intervalo de tiempo suficiente para que a ninguno de los asistentes se le pase por alto. Deben de haberse percatado de que sin querer se ha extraviado por aguas profundas. Desesperado, y seguramente para temperar su nerviosidad, hurga con el dedo índice varias veces en el interior del alzacuello. Tentaciones, prosigue, un lado del cuello lo tiene al rojo vivo tras el movimiento de su dedo. Tentaciones que otros no verían como tentaciones.

Se detiene de nuevo, irresoluto y un poco desesperado. O tentaciones que otros habrían dejado pasar sin desbrozar, sin sucumbir a ellas. Vuelve a titubear. Una anciana, pequeña y hundida, se revuelve de incomodidad. Está sentada en un banco de la primera fila, a pocos metros del sacerdote. A su lado tiene a una joven rubia que viste pantalones negros.

No es fácil ser un ser humano, afirma con rotundidad. Esa aclaración parece satisfacerlo. Continúa teniendo la frente perlada de sudor y la mitad del cuello al rojo vivo, pero ahora su voz suena más firme, más clara, casi vital. De momento se halla fuera de la zona problemática, ha remado y se ha alejado ya de las aguas oscuras y profundas donde la corriente es violenta y hay que maniobrar con extrema cautela para no ir a parar a los remolinos. Ahora se encuentra en aguas tranquilas, cerca de la orilla. Y pronto con tierra firme bajo los pies. Pronto habrá acabado con todo esto y podrá archivarlo como otro de los desagradables trabajos que conlleva su profesión. Mira a los asistentes: Y recordad, existe margen para la duda. Siempre existe margen para la duda. Más de uno se siente señalado con la mirada. Más de uno siente como si el sacerdote lo acusara a él. Éste gira la cabeza un poco a la derecha y retoma el tema, habla del perdón de Dios, de la resurrección; es evidente que las palabras, de sobra familiares, han sido encadenadas de antemano como perlas de un collar en la conciencia del sacerdote, porque brotan de sus labios sin que tenga que pensarlas demasiado. No es fácil ser un ser humano. Pero se trata de perdonar. Al despedirnos hoy de Karsten Wiig, el perdón tiene que ocupar el centro de nuestros pensamientos. No todos los actos son igual de fáciles de perdonar, pero debemos intentarlo. Se lo debemos a Karsten Wiig, a la mujer que lo trajo al mundo. Se lo debemos a Dios, que le dio la vida.

El sacerdote habla para un crematorio casi vacío. Su voz retumba contra las blancas paredes de obra y, fila tras fila, sobre los bancos

vacíos: Hoy es un precioso día otoñal, uno de esos días que, según me han contado, tanto le gustaban a Karsten Wiig. En la primera fila se oye un breve sollozo. El sacerdote se estremece, pero se repone enseguida. La joven pasa el brazo por encima del hombro de la anciana. Es la joven la que ha sollozado, hasta que lo tuvo en los labios no supo que proferiría ese sonido. Es ella la que ha sollozado y ahora rodea a la abuela con su brazo protector. La anciana llora; llora como si se avergonzara de su pena, pero no es así. A lo largo de varios años intentaron arrebatárle la dignidad. Sabe dolorosamente que muchos opinan que, como madre y educadora, es ella la que ha fallado, que no se puede criar a un monstruo así impunemente. Ha oído lo que dice la gente de él, de su chico. Y ahora está aquí, con la cabeza gacha. Se ha puesto su mejor abrigo. Lleva unos bonitos zapatos de paseo con tacones de mediana altura. No ha querido maquillarse, pero sí vestirse bien y con corrección, para dar el último adiós a su único hijo. Alrededor del cuello lleva un pañuelo de seda. ¿En qué está pensando? ¿Qué piensa la madre de Karsten haciendo acopio de toda la dignidad de la que es capaz, sentada en ese banco de la primera fila de la capilla? ¿Piensa en cuando Karsten se confirmó? ¿En cuando se casó? ¿En cuando la convirtió en una ufana abuela? ¿O sencillamente no piensa en su hijo? Es muy posible que fuerce sus pensamientos en otra dirección; tal vez recuerde un episodio medio olvidado de su propia infancia, un instante feliz comiendo fresas silvestres recién cogidas, mientras un audaz vecino, un muchacho con pecas tan grandes como granos de cebada en la palma de la mano, le tiraba de las trenzas; tal vez piense en un instante muy anterior a conocer las penas que una madre puede pasar. No, piensa en el parto. Piensa en el día que Karsten nació. Debe de ser imposible no acordarse de ese día hoy. Del nacimiento a la muerte. De la cuna a la sepultura.

Exactamente ahora, en este segundo, la madre de Karsten Wiig piensa en cómo empezó todo, ese día que vio a Karsten por primera vez. Había notado los dolores, agudas y breves contracciones al despuntar el alba. Era un dolor totalmente distinto de todos los que conocía. Sabía que en unas horas sería madre, que traería una persona nueva al mundo. Entrada ya la tarde, eran las cinco y media en punto cuando él se abrió paso a empujones y atravesó su cuerpo como un fornido pez ciego, ansioso por salir; sistemático, traspasó rojos músculos y carne entumecida.

Karsten. Se habían decidido por este nombre hacía varios meses. Se llamaría Karsten como su abuelo paterno. Estaba segura de que era un niño. Sus amigas habían estudiado su barriga con mirada experta y habían llegado a la conclusión de que esa forma redondeada y ancha era una típica barriga de niña. Seguro que es una niña, dijeron con las manos sobre la dilatada piel del vientre. Ella sólo había sonreído. Sabía que era un chico, pese a que ni el médico ni la comadrona habían dicho nada que lo confirmara. Lo sabía. Ella y su marido ni siquiera habían pensado en nombres de chica.

Le pusieron al primero y, según se demostraría, único hijo, Karsten, en los brazos y en ese mismo instante supo que amaría incondicionalmente a ese ser para siempre. Amaría a Karsten hasta el día de su muerte. Toquetea el pañuelo del cuello, siente la sedosa tela bajo la yema de los dedos. Nunca había imaginado que la muerte le llegaría a su hijo antes que a ella. Tampoco se había imaginado que su amor de madre sufriría pruebas tan duras.

Su nieta está a su lado, la rodea con el brazo, su codo descansa en el anciano omoplato, la mano acaricia, bajo el pañuelo de seda, la laxa piel del cuello de la abuela. Hace frío en la gran sala casi vacía, pero siente la cálida piel de la abuela en contacto con su mano. La hija de Karsten Wiig va vestida de negro, tiene el pelo rubio, pecas en la nariz, y dicen de ella que es bastante guapa, pero ahora tiene los ojos hinchados y rojos, aunque poco le importa el aspecto que pueda tener. Henriette se concentra en no escuchar al sacerdote. Piensa en su padre. Tiene la mirada puesta en el blanco ataúd que está ante ella; un blanco y brillante ataúd con cuatro ramos de flores encima. Dentro de pocos minutos la caja desaparecerá por una abertura del suelo, y descenderá a la sala del horno crematorio conducida por afanosos hombres en mono de trabajo. Un destino demasiado parecido al que muchos habían deseado para él. Alza la vista, mira unos segundos la alta bóveda antes de cerrar los ojos, permanece así intentando mantener fuera la voz del sacerdote. Huele levemente el perfume de la abuela, Tosca, lo reconoce, la abuela lo ha usado siempre. El olor a ese perfume, a Tosca, desaparece y por sus fosas nasales penetra con minuciosa destreza otro olor mucho más intenso, tan familiar como el anterior, pero no puede reconocerlo hasta que éste ha invadido toda la sala. Toda la capilla

huele a tortitas recién hechas. El aroma de mantequilla (¡auténtica de granja!) que se deshace en una sartén de hierro. Aroma de tortitas que toman consistencia sólida, se llenan de manchas doradas y se rizan por los bordes. Henriette abre los ojos, aspira y el olor se vuelve todavía más intenso, pero la abuela sigue mirando hacia delante como si nada.

Detrás de Henriette y de su abuela hay dos hombres sentados que frisan la cincuentena, más o menos tienen la edad del fallecido. Henriette se da media vuelta y le parece ver que sus fosas nasales vibran, como si ellos también percibieran el olor, pero no está segura. No los conoce, es probable que sean dos colegas de la Escuela Superior. O quizá amigos de la infancia, dos chicos que crecieron con él y nunca pudieron creer lo que la gente decía. Te conocemos, Karsten, le dicen. Creemos en ti y en lo que dices. Sabemos que no puedes haber hecho lo que afirman que has hecho. Pero hay algo en cómo visten, algo en su actitud que indica que deben de ser colegas, compañeros de trabajo de Karsten. Tenía un par de fieles colegas, Barbara se lo había mencionado.

Henriette lleva razón. Los dos hombres son un profesor agregado y un catedrático de la Escuela Superior de Oslo. Si ella hubiera pasado más años de su infancia con su padre, posiblemente conocería mejor la etiqueta de los sepelios. El hecho de que ellos escogieran sentarse a la izquierda de la capilla, justo detrás de la señora Wiig, hace casi imposible que sean amigos de la infancia del difunto, porque en la parte de la ciudad de donde provienen se conocen las normas. Ninguno de esos amigos se encuentra en el funeral.

Casi al fondo de esa gran sala se sienta un hombre de pelo grisáceo, tupido y ondulado peinado hacia atrás desde la alta frente. A pesar de la poblada cabellera, se le ve entrado en años, un vejstorio, un auténtico superviviente de la antigüedad. Es alto —incluso sentado en el banco de madera de la capilla queda patente: alto, pero encorvado—. Se le ve infinitamente triste, como si cargara con una enorme culpa. Sí, parece como si él personalmente hubiera causado la muerte de Karsten Wiig. Ahora meneaba la cabeza en respuesta a algo que dice el sacerdote.